

## LAS AVES EN LOS TIEMPOS DEL CÓLERA

**Felipe A. Estela**

Asociación Calidris, Carrera 24F # 3-25 Cali

[faestela@telesat.com.co](mailto:faestela@telesat.com.co)

### Resumen

En el Caribe colombiano las aves tienen un valor cultural significativo, por lo cual es frecuente encontrar muchas alusiones a diferentes especies de aves en diversas expresiones culturales y artísticas como la música y literatura regional, al igual que la orfebrería de las etnias prehispánicas que ocuparon esta región de Colombia. En este texto presento una recopilación de las aves citadas en la obra de Gabriel García Márquez, con especial énfasis en *El amor en los tiempos del cólera*. Discuto la posible identificación de algunas de estas especies de aves y algunos cambios ambientales históricos de la región.

**Palabras clave:** aves, literatura, novela, información útil

### Abstract

The Birds have a significant cultural value in the Colombian Caribbean coast; there are many cultural and artistic expressions to some bird species in the regional music and literature. The same situation its present in the pottery of the precolumbian ethnics who lived in this region. I present here (a collection) several (of) birds cited in Gabriel García Márquez books, with special emphasis in *El amor en los tiempos del cólera*. I discuss here the possible identification of these birds and some environment historical changes in this region.

**Keywords:** birds, literature, novel, useful information

En todo Colombia es común tener aves enjauladas en las casas; especialmente loras, tucanes, azulejos, mirlas y sinsontes. La tenencia de aves en jaula y cualquier tipo de animales silvestres en cautiverio es un delito y también una practica execrable pero desafortunadamente tiene un arraigo popular y cultural muy grande. Tengo la impresión, luego de haber

vivido un año en Cispatá, Córdoba, que en los pueblos del Caribe esta costumbre es más común que en otras partes del país. Mantener los pájaros enjaulados es una cuestión que los habitantes de estos pueblos asumen parecida a tener perros, pues los tratan como mascotas que les generan obligaciones y se enorgullecen en exhibirlos; por eso los sacan a pasear y no es raro ver los

domingos a personas con la jaula en sus bicicletas dando vueltas por la plaza.

Todas estas relaciones cotidianas con las aves se hacen evidentes en las expresiones culturales típicas del Caribe colombiano. Esto tiene evidencia histórica en la cerámica y artesanías del Caribe donde hay muchas aves representadas; en los legados de la cultura Zenú, por haber sido una cultura totalmente acuática (Plazas *et al.*, 1993), existen representaciones de aves de humedales (Legast, 1980), y la cultura Tayrona exhibe alusiones continuas al Cóndor (*Vultur gryphus*) y a otras especies de la Sierra Nevada de Santa Marta (Legast, 1987; Reichel-Dolmatoff, 1988).

Actualmente en la literatura y la música se encuentran muchas referencias a las aves; *El Mochuelo* es un clásico vallenato (cantado por Otto Serge y Rafael Ricardo) y también es el nombre con el cual se conoce a los semilleros del género *Sporophila*. Con mucha probabilidad el ave de la canción es el Espiguero Pizarra (*S. schistacea*), especie que me identificaron con este nombre en Córdoba y Atlántico. Otras canciones vallenatas son: *La Golondrina* (Rafael Escalona), *El Cóndor Herido* (Diomedes Díaz) y en la reunión de clausura del XV Encuentro Nacional de Ornitología en Valledupar se presentó todo un repertorio de canciones vallenatas que están inspiradas en las aves.

A continuación presento una compilación de las alusiones a las aves en los libros de Gabriel García Márquez, especialmente en *El amor en los tiempos del cólera* (1985), como una aproximación al estudio de las representaciones de la fauna en las expresiones folclóricas y culturales. Si bien es cierto que el realismo mágico en el cual están escritos estos libros, hace que las alusiones a las aves no puedan ser tomadas con precisión absoluta, sí son evidencia de muchas creencias y manifestaciones culturales donde las aves están involucradas. También trato de identificar, cuando es posible, las especies nombradas en los libros.

Por lo general en todos estos libros hay aves involucradas de una u otra manera en las historias. *El coronel no tiene quien le escriba* (1961), es un libro basado en la historia de un gallo de pelea, que era la esperanza de su dueño para salir de la miseria. *El otoño del patriarca* (1978) comienza con una descripción detallada de la forma como es descuartizado por un grupo de gallinazos el cuerpo del protagonista. En el cuento *La noche de los alcaravanes* que se encuentra en *Ojos de Perro Azul* (1979), estas aves les sacan los ojos a tres hombres. Los alcaravanes también se nombran en *Cien años de soledad* (1975), *El amor en los tiempos del cólera*, *La mala hora* (1978) y *La Hojarasca* (1972), y siempre se hace alusión a que su canto en la noche y en la madrugada es augurio de mala suerte. Como alcaraván

seguramente se refiere a *Burhinus bistriatus* pues así se le conoce en el Magdalena, el Cesar y la Guajira, donde ocurren la mayoría de historias de estos libros. En Córdoba y Sucre también se conoce como alcaraván o caravana a *Vanellus chilensis*.

En *Cien Años de Soledad* se presenta mucho el comercio de fauna con los gitanos y también el uso de fauna silvestre como soporte alimenticio para la comunidad durante su época de nomadismo mientras cruzaban la sierra y la ciénaga para fundar Macondo.

"... por donde llegaron los primeros árabes de pantuflas y argollas en las orejas, cambiando collares de vidrio por guacamayos." Pág: 40.

"... Trataban de aplazar con esa precaución la necesidad de seguir comiendo guacamayos, cuya carne azul tenía un áspero sabor de almizcle." Pág: 16.

De hecho las aves siempre estuvieron presentes en Macondo, y la familia Buendía realizó todo lo posible por mantener el pueblo siempre poblado por aves, como se ve en estos dos párrafos que tienen al menos unos 80 años de separación en el tiempo de la historia.

"... Desde los tiempos de la fundación, José Arcadio Buendía construyó trampas y jaulas. En poco tiempo llenó de turpiales, canarios,

azulejos y petirrojos no sólo la propia casa, sino todas las de la aldea. El concierto de tantos pájaros distintos llegó a ser tan aturdidor, que Úrsula se tapó los oídos con cera de abejas para no perder el sentido de la realidad. La primera vez que llegó la tribu de Melquíades vendiendo bolas de vidrio para el dolor de cabeza, todo el mundo se sorprendió de que hubieran podido encontrar aquella aldea perdida en el sopor de la ciénaga, y los gitanos confesaron que se habían orientado por el canto de los pájaros." Pág: 14.

"... Recordando que su madre le había contado en una carta el exterminio de los pájaros, había retrasado el viaje varios meses hasta encontrar un barco que hiciera escala en las islas Afortunadas, y allí seleccionó las veinticinco parejas de canarios más finos para repoblar el cielo de Macondo. Esa fue la más lamentable de sus numerosas iniciativas frustradas. A medida que los pájaros se reproducían, Amaranta Úrsula los iba soltando por parejas, y más tardaban en sentirse libres que en fugarse del pueblo. En vano procuró encariñarlos con la pajarera que construyó Úrsula en la primera restauración. En vano les falsificó nidos de esparto en los almendros, y regó alpiste en los techos y alborotó a los cautivos para que sus cantos disuadieran a los desertores, porque éstos se remontaban a la primera tentativa y daban una vuelta en el cielo, apenas el tiempo indispensable para encontrar el rumbo de regreso a las islas Afortunadas." Pág: 349.

*El amor en los tiempos del cólera* es el libro que tiene las mayores referencias y alusiones a las aves. En esta historia es fundamental el loro del doctor Juvenal Urbino, el cual era un animal muy especial.

“... encontró la servidumbre alborotada, tratando de coger el loro que había volado hasta la rama más alta del palo de mango cuando lo sacaron de la jaula para cortarle las alas. Era un loro desplumado y maniático, que no hablaba cuando se lo pedían sino en las ocasiones menos pensadas, pero entonces lo hacía con una claridad y un uso de razón que no eran muy comunes en los seres humanos. Había sido amaestrado por el doctor Urbino en persona, y eso le había valido privilegios que nadie tuvo nunca en la familia, ni siquiera los hijos cuando eran niños. Estaba en la casa desde hacía más de veinte años, y nadie supo cuántos había vivido antes. Todas las tardes después de la siesta, el doctor Urbino se sentaba con él en la terraza del patio, que era el lugar más fresco de la casa, y había apelado a los recursos más arduos de su pasión pedagógica, hasta que el loro aprendió a hablar el francés como un académico. Después de puro vicio de la virtud le enseñó el acompañamiento de la misa en latín y algunos trozos escogidos del evangelio según San Mateo y trató sin fortuna de inculcarle una noción básica de las cuatro operaciones aritméticas... Día tras día, una vez y otra vez durante varios meses, le hacía oír al loro las canciones de Yvette Gilbert y Aristide Bruan, que habían hecho las delicias de Francia en el siglo pasado, hasta que las aprendió de memoria. Las

*cantaba con voz de mujer, si eran las de ella, y con voz de tenor, si eran las de él, y terminaba con unas carcajadas libertinas que eran el espejo magistral de las que soltaban las sirvientas cuando lo oían cantar en francés. La fama de sus gracias había llegado tan lejos, que a veces pedían permiso para verlo algunos visitantes distinguidos que venían del interior en los buques fluviales, y en una ocasión trataron de comprarlo a cualquier precio unos turistas ingleses de los muchos que pasaban por aquella época en los barcos bananeros de Nueva Orleans. Sin embargo el día de su gloria mayor fue cuando el Presidente de la República, don Marco Fidel Suárez, con los ministros de su gabinete en pleno, vinieron a la casa a comprobar la verdad de su fama... y tuvieron que irse tan intrigados como vinieron, porque el loro se negó a decir ni este pico es mío durante dos horas de desesperación, a pesar de las súplicas y las amenazas y la vergüenza pública del doctor Urbino ... El hecho de que el loro hubiera mantenido sus privilegios después de ese desplante histórico había sido la prueba final de su fuero sagrado. Ningún otro animal estaba permitido en la casa, salvo la tortuga de tierra, que había vuelto a aparecer en la cocina después de tres o cuatro años en que se la creyó perdida para siempre. Pero esta no se la tenía como un ser vivo, sino más bien como un amuleto mineral para la buena suerte, del que nunca se sabía a ciencia cierta por donde andaba... En las tardes de lluvia, cuando se le desataba la lengua por la alegría de las plumas ensopadas, decía frases de otros tiempos que no había podido aprender en la casa, y que permitían suponer que era más*

viejo de lo que parecía. La última reticencia del médico se desmoronó una noche en que los ladrones trataron de meterse otra vez por una claraboya de la azotea, y el loro los espantó con unos ladridos de mastín que no habrían sido tan verosímiles si hubieran sido reales, y gritando rateros rateros rateros, dos gracias salvadoras que no había aprendido en la casa... Durante muchos años le cortaban las alas y lo dejaban suelto, caminando a gusto con su andar cascorvo de jinete viejo. Pero un día se puso a hacer gracias de acróbata en los travesaños de la cocina y se cayó en la olla de sancocho en medio de su propia algarabía naval de sálvese quien pueda, y con tan buena fortuna que la cocinera alcanzó a sacarlo con el cucharón, escaldado y sin plumas, pero todavía vivo. Desde entonces lo dejaron en la jaula incluso contra la creencia que los loros enjaulados olvidan lo aprendido, y solo lo sacaban con la fresca de las cuatro para las clases del doctor Urbino en la terraza del patio... No habían logrado alcanzarlo en tres horas. Las sirvientas, ayudadas por otras del vecindario, habían recurrido a toda suerte de engaños para hacerlo bajar, pero él continuaba empecinado en su sitio, gritando muerto de la risa viva el partido liberal, viva el partido liberal carajo, un grito temerario que le había costado la vida a más de cuatro borrachitos felices. El doctor Urbino apenas alcanzaba a distinguirlo entre las frondas, y trató de convencerlo en español y francés, y aún en latín, y el loro le contestaba en los mismos idiomas y con el mismo énfasis y el mismo timbre de voz, pero no se movió del cogollo..." Pag: 32-34, 39.

En el libro el loro es descrito así:

"... meses después volvió a los veleros de Curaçao y compró un loro real de Paramaribo, que solo sabía decir blasfemias de marineros, pero que las decía con una voz tan humana que bien valía su precio excesivo de doce centavos... Era de los buenos, más liviano de lo que parecía y con la cabeza amarilla y lengua negra, por esto se distinguía de los loros mangleros que no aprenden a hablar ni con supositorios de trementina". Pag: 37-38.

En esto parece existir un error, ya que en la costa Caribe se conocen por loros mangleros a *Amazona ochrocephala* y *Amazona amazonica*, especies a las que es común mantener en jaulas porque son las que mejor hablan, y que también tienen amarillo en la cabeza. La descripción del loro es muy vaga, por lo cual identificar la especie a partir de ella es inútil; buscando en la guía de Surinam (Haverschmidt, 1968) se encuentran, aparte de los loros mangleros, otras tres especies con amarillo en la cabeza: *Amazona farinosa*, *Aratinga solstitialis* y *Touit batavica*. Las dos últimas son de géneros que no hablan muy bien, pero de importante tener en cuenta que *T. batavica* se ha registrado desde hace 10 años en Colombia, en el costado norte de la Sierra Nevada de Santa Marta (Troncoso *et al.*, 1995). Es probable que el loro, comprado por el doctor Urbino haya sido alguna especie de

*Amazona*, género común y diverso en el Caribe. Revisando en las guías del Caribe de Bond (1961) y Raffaele *et al.* (1998), se presentan dos especies con amarillo en la cabeza; *Amazona guildingii* de Saint Vincent y *A. oratrix* de Puerto Rico. Esta última especie es la única especie en el Caribe con toda la cabeza amarilla como se describe en el libro.

En la casa del doctor Urbino, desde los primeros años de matrimonio, existieron muchos otros animales aparte del loro, Fermina Daza, desde su niñez siempre tuvo aves en jaula, y otro tipo de mascotas libres por la casa.

*“... Había toda clase de pájaros de Guatemala en las jaulas y corredores, y alcaravanes premonitorios y garzas de ciénaga de largas patas amarillas y un ciervo juvenil que se asomaba por las ventanas para comerse los anturios de los floreros... habían traído de Guatemala un ave del paraíso que más tardó en venir que en volver a su tierra...”* Pag: 35-36.

*“... También llevaron una anaconda de cuatro metros, cuyos suspiros de cazadora insomne saturaban la oscuridad de los durmientes, aunque lograron con ella lo que querían, que era espantar con su aliento mortal a los murciélagos y las salamandras, y a las numerosas especies de insectos dañinos que invadían la casa en los meses de lluvia...”* Pag: 36.

*“... llenó un baúl de racimos de cerezas artificiales, ramilletes de cuantas flores de fieltro le fue posible, ramazones de plumas de avestruz, morriones de pavorreales, colas de gallos asiáticos, faisanes enteros, colibríes, y una variedad innumerable de pájaros exóticos disecados en pleno vuelo, en pleno grito, en plena agonía...”* Pag: 222.

*“... En la terraza del mar, parada en su aro privado, había una cacatúa de Malasia con un plumaje de una blanca inverosímil y una quietud pensativa que daba mucho que pensar: el animal más hermoso que Florentino Ariza había visto nunca...”* Pag: 242

Es posible que como ave del paraíso se refiera a un quetzal centroamericano (*Pharomachrus moccino*) (ver por ejemplo Stiles y Skutch, 1989), porque en América no existen aves del paraíso propiamente dichas (Paradisaeidae). En cuanto al viaje de regreso a Guatemala del quetzal es imposible porque estas aves no realizan migraciones latitudinales.

De los pájaros que tenían en la casa eran muy notorios y especiales los cuervos, sobre los cuales hay varias referencias:

*“... Otra vez compraron en los veleros de los contrabandistas de Curaçao una jaula de alambre con seis cuervos perfumados, iguales a los que Fermina Daza había tenido de niña en la casa paterna y que quería seguir teniendo de casada. Pero nadie pudo soportar los*

*aleteos continuos que saturaban la casa con sus efluvios de coronas de muertos...*"  
Pag: 36.

*"... había un rumor invisible de agua continua, macetas de claveles en las canisas y jaulas de pájaros raros en las arcadas. Los más raros, en una jaula muy grande, eran tres cuervos que al sacudir las alas saturaban el patio de un perfume equívoco."* Pag: 161.

*"... en su turbación tropezó con la jaula de los cuervos perfumados. Éstos lanzaron un chillido sórdido, aletearon asustados y las ropas del médico quedaron impregnadas de una fragancia de mujer... cuando lo vieron aparecer en la puerta con el rostro transido y todo él deshonorado por el perfume de putas de los cuervos..."* Pag: 165, 168-169.

Con referencia al aroma en los cuervos, no he encontrado ninguna otra evidencia real que sustente esta afirmación. Adicionalmente no hay cuervos en Curaçao, pero sí puede ser que los traían de otra parte del Caribe, o sea alguna de las cinco especies que hay en las Antillas Mayores: *Corvus nasicus*, *C. minutus*, *C. leucognaphalus*, *C. jamaicensis* y *C. palmarum*.

A lo largo del libro se suceden las referencias a la fauna, observada desde los buques cuando viajaban por el río Magdalena, desde la costa hacia el interior. Florentino Ariza realizó este viaje dos veces en su vida, con una diferencia de más de

cincuenta años. Al leer las descripciones de lo que vio, es inevitable sentir una completa y verdadera nostalgia ambiental.

En el primer viaje:

*"... El río se volvió turbio y fue haciéndose cada vez más estrecho en una selva enmarañada de árboles colosales, donde sólo se encontraba de vez en cuando una choza de paja junto a las pilas de leña para la caldera de los buques. La algarabía de los loros y el escándalo de los micos invisibles parecían aumentar el bochorno del medio día... y el capitán había tomado precauciones muy severas para el orden interno y la seguridad de los pasajeros. Tratando de evitar equívocos y provocaciones, prohibió la distracción favorita de los viajes en esos tiempos, que era disparar contra los caimanes que se asoleaban en los playones.... Fue inflexible inclusive con el ministro británico, que desde el día siguiente de la partida amaneció vestido de cazador, con una carabina de precisión y una escopeta de dos cañones para matar tigres..."* Pag: 194.

*"... Los días se le hacían fáciles sentado frente al barandal, viendo a los caimanes inmóviles asoleándose en los playones con las fauces abiertas para atrapar mariposas, viendo las bandadas de garzas asustadas que se alzaban de pronto de los pantanos, los manatíes que amamantaban sus crías con sus grandes tetas maternas y sorprendían a los pasajeros con sus llantos de mujer. En un mismo día vio pasar flotando tres cuerpos humanos, hinchados y verdes, con varios gallinazos encima, pasaron primero los*

*cuerpos de dos hombres, uno de ellos sin cabeza, y después el de una niña de pocos años cuyos cabellos de medusa se fueron ondulando en la estela del buque. Nunca supo, porque no se sabía, si eran víctimas del cólera o de la guerra...” Pag: 196.*

En el segundo viaje y acompañado por Fermina Daza:

*“... El capitán Samaritano les explicó cómo la deforestación irracional había acabado con el río en cincuenta años: las calderas de los buques habían devorado la selva enmarañada de árboles colosales que Florentino Ariza sintió como una opresión en su primer viaje. Fermina Daza no veía los animales de sus sueños: los cazadores de pieles de las tenerías de Nueva Orleans habían exterminado los caimanes que se hacían los muertos con las fauces abiertas durante horas y horas en los barrancos de la orilla para sorprender a las mariposas; los loros con sus algarabías y los micos con sus gritos de locos se habían ido muriendo a medida que se les acababan las frondas, los manatíes de grandes tetas de madres que amamantaban a sus crías y lloraban con voces de mujer desolada en los playones eran una especie extinguida por las balas blindadas de los cazadores de placer... Por la noche no los despertaban los cantos de sirenas de los manatíes en los playones, sino la tufarada nauseabunda de los muertos que pasaban flotando hacia el mar. Pues ya no había guerras ni pestes pero los cuerpos hinchados seguían pasando. El capitán fue sobrio una vez: “tenemos ordenes de decir a los pasajeros que son ahogados accidentales”. En lugar de la algarabía de*

*los loros y el escándalo de los micos invisibles que en otro tiempo aumentaban el bochorno del medio día, solo quedaba el vasto silencio de la tierra arrasada. Un viajero inglés de principios del siglo XIX, refiriéndose al viaje combinado en canoa y en mula, que podía durar hasta cincuenta jornadas, había escrito: “Este es uno de los peregrinajes más malos e incómodos que un ser humano pueda realizar”. Esto había dejado de ser cierto en los primeros ochenta años de la navegación a vapor, y luego había vuelto a serlo para siempre cuando los caimanes se comieron la última mariposa, y se acabaron los manatíes maternales, se acabaron los loros, los micos, los pueblos: se acabo todo... El agua era tornasolada por el mundo de peces que flotaban de costado, muertos por la dinamita de los pescadores furtivos, y los pájaros de la tierra y el agua volaban en círculos sobre ellos con chillidos metálicos...” Pag: 451, 458, 459, 472*

Aquí se presentan las amenazas más comunes para la fauna en la actualidad; la deforestación, el comercio y la cacería. El paso de cadáveres humanos por los ríos del país sigue igual, pues aunque las pestes han desaparecido, sigue existiendo la misma guerra.

Al final del viaje de regreso comienzan a observar más aves, como una demostración de que al estar enamorados se vuelven más sensibles y perciben mejor lo poco que quedaba de fauna.

“... Descubrió que las rosas olían más que antes, que los pájaros cantaban al amanecer mucho mejor que antes y que Dios había hecho un manatí y lo había puesto en el playón de Tamalameque sólo para que los despertara... El viento del Caribe se metió por las ventanas con la bullaranga de los pájaros y Fermina Daza sintió en la sangre los latidos desordenados de su libre albedrío. A la derecha, turbio y parsimonioso, el estuario del río Grande de la Magdalena se explayaba hasta el otro lado del mundo...” Pag: 468, 472.

El Magdalena y otros ríos como el Sinú y el Cauca están muy contaminados y deteriorados ambientalmente (Naranjo *et al.*, 1999), y por esta causa en la actualidad las especies aquí reseñadas están mucho más afectadas. No obstante en el Caribe todavía quedan vastos

humedales como los de la Mojana o la ciénaga de Ayapel, y bosques de mangle como los de Cispata, bahía Portete y la desembocadura del Atrato, donde aún hay caimanes, manatíes, micos y muchas aves. No es necesario sufrir una alteración de los sentidos, ni estar enamorado, para verlos. Ojalá se conserve toda esta fauna, no sólo en el Caribe sino en todo el país, tan viva como las expresiones de la artesanía, la música y la literatura que transmiten este legado generacionalmente.

Este texto se ha enriquecido con las opiniones, comentarios y sugerencias de Carlos Alberto Caicedo, Patricia Navajas, Jorge Humberto Restrepo, Tomás Darío Gutiérrez, Luis Germán Naranjo y Paulo Pulgarín.

## Referencias

- Bond, J. 1961. Birds of the West Indies. Houghton Mifflin, Boston.
- Haverschmidt, F. 1968. The Birds of Surinam. Edinburgh Oliver and Boyd.
- Legast, A. 1980. La fauna en la orfebrería Sinú. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá.
- Legast, A. 1987. El animal en el mundo mítico Tayrona. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá.
- Naranjo, L. G., G. I. Andrade y E. Ponce de León. 1999. Humedales Interiores de Colombia: Bases técnicas para su conservación y uso sostenible. Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, Ministerio del Medio Ambiente. Santa Fe de Bogotá, Colombia.
- Plazas, C., A. M. Falchetti, J. Sáenz-Samper y S. Archiva. 1993. La Sociedad Hidráulica Zenú, estudio arqueológico de 2000 años de historia en las

llanuras del Caribe colombiano. Colección Bibliográfica. Banco de la República. Bogotá.

Raffaele, H., J. Wiley, O. Garrido, A. Keith y J. Raffaele. 1998. A guide to the birds of the West Indies. Princeton University Press.

Reichel-Dolmatoff, G. 1988. Orfebrería y Chamanismo, un estudio iconográfico del Museo del Oro. Banco de la República. Bogotá.

Stiles, F. G. y A. F. Skutch. 1989. A guide to the birds of Costa Rica. Ithaca: Cornell University Press.

Troncoso, F., P. A. J. van der Wolf y J. A. Ahumada. 1995. The Lilac-tailed Parrotlet (*Touit batavica*), a new record for Colombia. *Caldasia* 18 (86): 147-148.

**Nota:** Los años y páginas que aparecen para los libros de Gabriel García Márquez son los de las ediciones que utilicé para este escrito. En las distintas ediciones se presentan variaciones en la numeración de las páginas, si alguien esta interesado en leerlas directamente de la fuente original no las podrá usar con absoluta precisión en otras ediciones.